

Taller crítico

# Vagas desapariciones

R.J. Lovera de Sola

Ana Teresa Torres ha publicado en estos días su tercera novela. Nos referimos a *Vagas desapariciones*. (Caracas: Grijalbo, 1995, 304 p.). Se trata en primera instancia de un libro muy distinto y diverso a los que antes había publicado. En aquellos una **saudade** por recuperar el tiempo perdido los recorría y las peripecias de los personajes eran contadas a través de criaturas femeninas. Así, aquellas novelas situaron a su autora entre los cultores de la narrativa histórica y entre las mujeres que al escribir se veían en el espejo de la feminidad.

Ello no ocurre con *Vagas...* ya que sus dos protagonistas, Pepín y Eduardo, son hombres y para nada trata la autora de recuperar los días idos. *Vagas...* se centra más bien en la búsqueda de la identidad de ambas, cosa en la que las dos indagan, tratando de hallar la figura del padre a través de sus relatos, cosa que hace Pepín o el sentido de su vivir, que es lo que mueve a Eduardo a través de la mirada que pasa a una serie de fotografías que guarda, muchas de ellas tomadas por él mismo.

Así estamos ante un relato seco, de atmósfera sombría, sin especiales vuelos estilísticos, lo cual sería la antítesis de lo que la Torres se propuso contarnos; pleno de pathos cotidiano, decadencia social oscuro psicológicamente, sin esperanza (p. 285), penetrado del horror de estos días (p. 254), tratando sus personajes de llegar a la verdad (p. 280) mediante su escritura.

Y esto que hemos dicho antes, que la novela es escrita por sus personajes, tiene un sentido: *Vagas...* es una novela en la novela. Relato compuesto por los escritos que desde sí mismo redacta Pepín o aquello que encuentra Eduardo al revisar su archivo fotográfico. Así a esta narración la componen tres libros, los cuales leemos al pasar las páginas de *Vagas...* Dos de estos volúmenes son obra de Pepín. Ellos son *La felicidad detrás del olvido*, en el cual cuenta los diarios acaeceres de la clínica psiquiátrica en la cual transcurre *Vagas...* En ese cuaderno como lo denomina, trata de encontrar una fecha (p. 310). Para hallarla concibe aquellas páginas. En esas hojas describe Pepín su vida anotando que ésta ha sido la peripecia del "puro sufrir" (p. 28); la otra serie de sus escrituras están formadas por la *Autobiografía de un escritor autodidacta* en la cual el mismo Pepín escribe una memoria personal de su vida (p. 176) indagando en torno a la figura de su padre, al cual nunca conoció (pp. 12, 176). Los dos escritos de Pepín nos ponen ante un hombre que nació y sobrevivió en el mundo marginal.

No así es Eduardo, un hombre de buena familia, rico, destruido por la madre, homosexual, quien a través de sus anotaciones *El fotógrafo ambulante* trata de hallarse a sí mismo; mientras lo hace traza también una teoría del hecho fotográfico, apoyo teórico puesto por la novelista para la comprensión de estos pasajes de su libro (pp. 33, 35, 37, 116, 196). Vemos a través de ellos cómo la fotografía muy bien puede ser un camino para el hallazgo de nosotros mismos.

Y descubrirnos, descubrirse a sí

mismos Pepín y Eduardo, es sin duda la esencia de esta ficción, ya que el "poder de la fotografía reside en su acto contra el tiempo" (p. 37), es una forma de "encontrar lo aludido" (p. 116), es una manera de devolvernos hacia lo desconocido (p. 196). Todo lo contrario de aquello que sucede en el mundo que vivimos, el cual fue "diseñado para anularlos" (p. 35), para desaparecer vagamente, asunto al cual alude el título, ya que en todos nuestro eclipse es callado, gris, vago, está marcado (p. 154). Y es por ello que tan pequeños somos, apenas un soplo de vida, tan minúsculos como lo pueden ser Pepín y Eduardo, quienes angustiosamente se buscan a sí mismos a través de las páginas de *Vagas...*

Así otra de las entrañas de esta novela descansa en lo que hemos anotado. Y especialmente en el "sentimiento de lo disperso, lo heterogéneo, lo inasimilable, que se me hacía intolerante porque de ello se desprendía que los fragmentos de mi vida eran relatos iconexos" (p. 33) como escribe Eduardo. Y más adelante sigue: "Muchas veces he pensado que las personas que más cerca hubieran podido encontrarse de nosotros son aquellas cuyo conocimiento ha sido tangencial y cuyos pasos están marcados en otros senderos. Entre las personas que contaba como amigos no sentía ninguna suficientemente próxima para hablarle del proyecto de relato fotográfico. Todos eran como personajes de libros lejanos, leídos hacia mucho tiempo, y cuyos argumentos recordaba vagamente" (pp. 34-35). Es por ello que Pepín, pese a su escasa cultura, por su rico trasfondo humano, pudo llegar a ser su interlocutor (p. 38). Y ello porque muy importante era no dejar en aquellas horas escapar un instante "porque pronto no habrá más testigos, no habrá más recuerdos, no habrá más fotografías... no celebrarán más aniversarios... pronto habrá solamente un terror desolado, un terror sin nombre" (pp. 253-254). Y todos desaparecemos vagamente, sin dejar huella, abrumados por la desolación (p. 239), siendo apenas una parte del Gran Archivo de los Errores Negativos a los cuales alude otro personaje de esta honda ficción (p. 253), seremos uno más de los dislates del siglo XX.

Por la forma de su tratamiento, por su temática, *Vagas...* es una obra nueva y novedosa dentro del panorama de la novela venezolana, en el cual el horror metafísico no había tenido cabida, ni pleno desarrollo, tan peculiar como éste, en el cual uno de sus personajes desea "huir de ese tiempo que ahora parece no haber existido nunca... Quisiera huir de los instantes desperdigados, unirlos en secuencias" (p. 151), lograr llegar hacia al nombre completo, a una integrada **gestalt**. Esa es la única esperanza posible. Ella no estriba en el piadoso asesinato colectivo que comete Pepín en las páginas postreras de la novela. Será el sendero para encontrar hecho realidad el deseo de Eduardo "no busque el triunfo, busque la verdad" (p. 280). Por ello este libro es de alguna forma una escatología, el escribir de un período terminal.